

# Contra Nietzsche

Paulina Rivero Weber

*Friedrich Nietzsche, el filósofo de la voluntad de poderío y de la noción del superhombre fue, entre otras cosas, un pensador preocupado por establecer la genealogía de los conceptos. En el presente texto, Paulina Rivero Weber propone una refutación a algunas ideas nietzscheanas.*

*Para Octavio Rivero Serrano:  
padre, amigo, hermano, luz.*

La presente reflexión surge a raíz de un estudio sobre el concepto de amistad en Friedrich Nietzsche.<sup>1</sup> Aunque no resulta difícil partir del tema de la amistad y llegar al de la compasión, la realidad es que cuando se tiene una cuenta pendiente con un pensador casi cualquier camino conduce a ella, y el tema de la compasión siempre ha sido mi cuenta pendiente con Nietzsche. Sin embargo he llegado a esta refutación sin forzarme a ello, al grado que debería decir que es ella la que ha llegado a mí y no yo a ella.

Comencemos por ofrecer un bosquejo muy básico de las características generales de la amistad en Nietzsche. Para este filósofo, la amistad se cimienta en el respeto a la diferencia, pero a una diferencia que se demanda entre “iguales”, entre individuos que tienen en común algo esencial. Paradójicamente Nietzsche conduce a hablar de las diferencias inevitables entre iguales, de las distancias necesarias entre cercanos y de la enemistad propia de toda verdadera amistad: el amigo cuando en verdad es tal, debe ser ante todo un buen enemigo. “En el propio amigo debemos tener nuestro mejor enemigo” dice Nietzsche en *Así habló Zaratustra*.<sup>2</sup> Este amigo / enemigo es tal en la

medida en que se opone a su contrincante en una guerra que no es a muerte, sino que se asemeja a una especie de deporte rudo, en el cual la dureza del oponente es un acicate para sacar fuerzas y lograr lo mejor de uno mismo:

Si tienes un amigo que sufre, sé para su sufrimiento un lugar de descanso, mas, por así decirlo, un lecho duro, un lecho de campaña: así es como más útil le serás.

Esta idea del amigo como enemigo en lucha de tensiones podría prestar una plataforma diferente para el ámbito político, tal y como lo ha señalado el pensador francés Jacques Derrida.<sup>3</sup> Y sin embargo lo que Derrida no vio es que esta idea envuelve un supuesto que puede resul-

<sup>3</sup> Jacques Derrida, *Políticas de la amistad seguido de El oído de Heidegger*, Trotta, Madrid, 1998. En este texto Derrida considera que Nietzsche se incorpora a la tradición que asume el concepto de amistad como núcleo de lo político. Pero en lugar de asimilar la amistad a la fraternidad, la cimienta en la diferencia, y por lo mismo en la tensión. Uno de los méritos del texto de Derrida es dar cuenta de la magnitud de este cambio y sus posibles implicaciones políticas. Una amistad que en lugar de pensarse como armonía se asume como cruce de fuerzas, puede anclar la democracia de una manera diferente. Según Derrida eso lo facilitaría el pensamiento de Nietzsche al concebir la amistad como enemistad y fuerzas en tensión, pues al no ocultar al enemigo como parte del núcleo de lo político, se puede pensar en una democracia diferente.

<sup>1</sup> Esta investigación es parte de mis estudios más recientes y será publicada el próximo año por *Estudios Nietzsche, Revista de la Sociedad Española de Estudios sobre Friedrich Nietzsche*, Editorial Trotta, Madrid.

<sup>2</sup> Nos referimos al parágrafo “Del amigo” de la citada obra, traducción de Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

tar peligroso tanto en ética como en política: Nietzsche considera que la dureza y la tensión de fuerzas son siempre productivas, y que la compasión es *per se*, algo nocivo y por lo mismo toda amistad debe evitarla completamente. Caer en la compasión se convierte pues en el peligro de peligros que todo ser pensante debiera evitar, y el lenguaje que el filósofo emplea no deja dudas: se *cae* en la compasión, se *rebaja* uno a ella, es, en suma, el *pecado de pecados*. Es indiscutible que el análisis nietzscheano de la compasión aporta muchos elementos valiosos para la comprensión de este fenómeno. Lo dicho por Nietzsche sobre la compasión resulta esclarecedor en muchos casos, y no sólo esclarecedor, sino digno de ser tomado en cuenta.

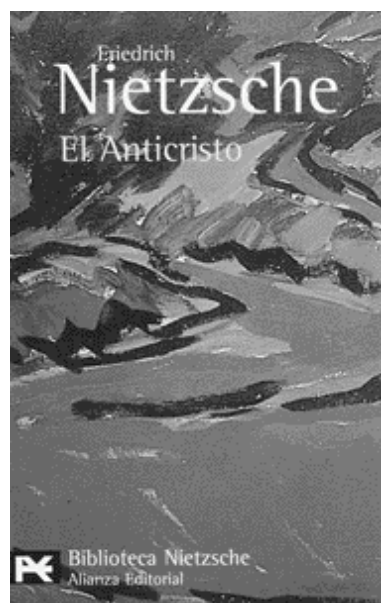
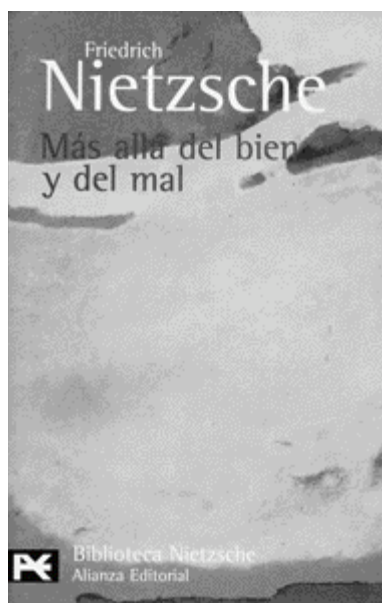
Así, existe en efecto un cierto tipo de compasión que cualquier ser pensante debe evitar por ser nociva y mermar la vida, una compasión que humilla al otro, que le sitúa por debajo y le hace menos, que ni siquiera le permite crecer sanamente. Existe también una compasión que es mera huida de uno mismo, que oculta un deseo de entregarse a los otros para no saber nada de sí mismo, para no tener que vérselas con uno mismo, ni saber hasta dónde es uno capaz de crecer. O incluso podemos aceptar que existe una compasión que daña, que es maligna en sí misma tanto para el que la otorga como para el que la recibe, como lo retrata magistralmente Stefan Zweig en *Impaciencia del corazón*; esa compasión todo lo confunde y lo destruye. En defensa de Nietzsche también podemos decir que su ataque a la compasión en muchas ocasiones lo lleva a cabo desde un nivel más elevado que la compasión misma, desde el Gran amor, lo cual deja ver que ese rechazo a la compasión no se lleva a cabo

desde el abandono del otro, sino de una entrega radical. Pero a pesar de todo lo anterior me ha resultado evidente que es necesario presentar una objeción radical, de fondo, al tratamiento nietzscheano de la compasión y lo haré tomando como plataforma una obra literaria.

Una relectura serena de *La muerte de Ivan Ilich* de Tolstoi me ha llevado a enfrentar de una manera diferente la idea de la compasión. Recordemos que el libro relata no sólo la muerte, sino la agonía de Ivan Ilich. Al igual que el protagonista de la obra, todos enfermamos, sufrimos, sanamos, para ocasionalmente volver a enfermarnos, sufrir y sanar hasta el día en que no sanamos más y dejamos de existir. La llamada “sabiduría de Sileno”<sup>4</sup> es real: somos una estirpe miserable de un día, somos hijos del azar, la fatiga, la enfermedad y la muerte, y el sufrimiento debe en efecto aceptarse al igual que la alegría como lo quiere Nietzsche: como una parte inherente e inevitable de la vida, porque la vida es así.

Sin embargo esa aceptación del sufrimiento no quita el hecho de que haya momentos de la vida, como los que Ivan Ilich vivió en su agonía, en los que lo único que se requiere es un consuelo y sí: compasión. Por eso para la agonía de Ivan Ilich fue tan significativa la presencia de Gerasim, el ayudante del mayordomo que comenzó a encargarse cada vez más de él, hasta que a Ivan le parecía que para no sentir dolor tan sólo era necesario que Gerasim estuviera siempre ahí, sosteniéndole sus cansadas piernas. Cuenta Tolstoi que Ivan:

<sup>4</sup> Es el nombre que Nietzsche otorga al pesimismo filosófico, que considera que la vida es tan dolorosa que lo mejor hubiera sido no haber nacido. Cfr. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia* Alianza Editorial, Madrid, 1980.



Veía que nadie se compadecía de él, porque nadie quería siquiera hacerse cargo de su situación. Únicamente Gerasim se hacía cargo de ella y le tenía lástima; y por eso Ivan Ilich se sentía a gusto sólo con él.

Había algo en las relaciones con Gerasim que curaba a Ivan de su peor tormento, el cual no era físico. A pesar de los terribles dolores físicos de su agonía, el verdadero tormento de Ivan Ilich era de otro tipo, y hubiera sido el más sencillo de sanar:

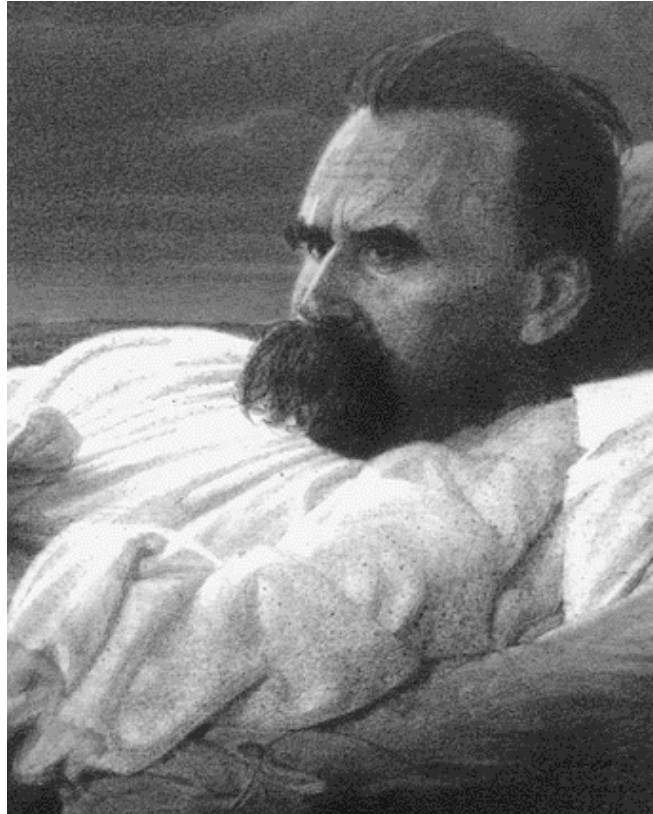
... lo que más torturaba a Ivan Ilich era que nadie se compadeciese de él como él quería. En algunos instantes, después de prolongados sufrimientos, lo que más anhelaba —aunque le habría dado vergüenza confesarlo— era que alguien le hubiese tenido lástima como se le tiene lástima a un niño enfermo. Quería que le acariciasen, que le besaran, que lloraran por él, como se acaricia y se consuela a los niños...

El consuelo es algo que no puede brindarse a través de la dureza, se brinda sólo a través de la ternura propia de la compasión. Si bien dar consuelo implica ir un paso más allá de la compasión, aquél sólo surge de ésta. Si n embargo la compasión es un estorbo para la amistad como la comprende Nietzsche, porque la compasión es el gran estorbo, el gran adversario de todo su pensamiento. Y refutar a Nietzsche en esto debe llevarnos a preguntarnos lo siguiente: ¿Cómo pudo Nietzsche considerar la compasión como algo malo *per se*? ¿Es la compasión algo en sí? ¿Qué es en sí la compasión? El método genealógico nietzscheano mostró precisamente que cualquier evento o fenómeno, es más:

...la historia entera de una cosa, de un órgano, de un uso puede ser una ininterrumpida cadena indicativa de interpretaciones y reajustes siempre nuevos, cuyas causas no tienen siquiera necesidad de estar relacionadas entre sí, antes bien a veces se suceden y se relevan de un modo meramente casual.<sup>5</sup>

En efecto, en su *Genealogía de la moral* Nietzsche muestra que es la voluntad de poder la que se despliega en todo acontecer, cambiando el sentido, la finalidad y la utilidad del uso, institución o culto religioso. Esta metódica histórica, como él la llama, muestra en ese texto

<sup>5</sup> Nietzsche, *Genealogía de la moral I*, traducción de Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

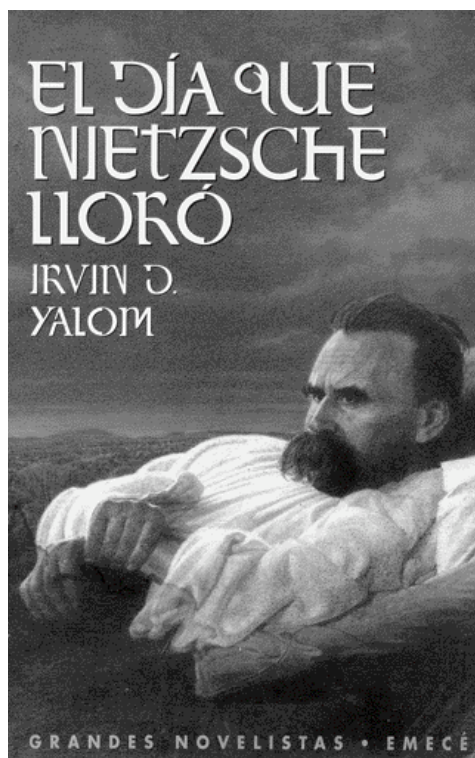


Alberto José Ciupiak, *Nietzsche*, 1992

que la pena y el castigo no son lo mismo, y que el procedimiento no fue inventado para la pena al igual que la mano no fue inventada para agarrar. Muestra que en todo fenómeno hay algo viejo y algo nuevo, hay algo duradero y algo fluido, el uso cambia, el procedimiento es viejo.

Si aplicamos esa misma metódica histórica a la compasión, resulta evidente que Nietzsche comete el error de tomar la parte por el todo. El método genealógico debería haberle llevado a ver que hay algo en la compasión que es lo viejo, pero que lo que ha cambiado a lo largo de la historia son los usos que se le han dado a la compasión. Nietzsche critica cierto uso de la compasión, pero extiende su crítica a toda compasión posible: no tuvo ojos para ver diferentes tipos de compasión, pues los hay. En esto Nietzsche fue poco nietzscheano, fue poco fiel a sí mismo, pues de haberlo sido hubiera caído en la cuenta de que la compasión en sí misma no es nada, todo de-

Una relectura serena de *La muerte de Ivan Ilich* de Tolstoi me ha llevado a enfrentar la compasión.



pende de la voluntad que se adueña de ella: sería necesaria una genealogía de la compasión.

Al igual que existen diferentes tipos de compasión malsana, también hay otros tipos muy diferentes de compasión. En t r e l l o s está aquél que anhelaba Ivan Ilich en su lecho de muerte: aquella que com-parte la pasión del otro, lo que le pasa al otro: la pasión de la com-pasión lo es en el sentido spinociano de la palabra “pasión”, que es su sentido original: lo que al otro le pasa. En ese mismo sentido hablamos de “la pasión de Cristo”: la pasión en su sentido originario y radical es lo que alguien *padece*. La com-pasión radica en com-partir un padecimiento, y el com-padecerse, el com-*pathos* del otro no es otra cosa que la misma solidaridad. Esta compasión nada tiene que ver con humillar al otro ni con situarse por encima de él, sino con aceptar y mostrar que somos igualmente hijos del mismo barro, que estamos juntos en el mismo tren y por ello se puede hacer propio el dolor del otro y desde esa compenetración ser capaz de brindar ayuda y consuelo. Este ámbito está vetado para el amigo /enemigo que Nietzsche propone, porque la compasión es el tendón de Aquiles de su filosofía. Al leer a Nietzsche debemos preguntarnos si en verdad estamos dispuestos a proponer como lo idóneo un mundo sin solidaridad alguna en el cual las relaciones personales se limiten a la dureza y la ausencia de compasión. El problema radica, eviden-

temente, en *qué* entendemos por compasión. De manera contraria al espíritu de su filosofía, Nietzsche entendió por compasión únicamente cierto tipo de compasión, y por ello la excluyó de su propuesta filosófica.

El buen amigo, como podría haberlo dicho Aristóteles, no debiera ser siempre el mismo para su amigo, ni de tener siempre la misma calificación de “enemigo”, sino que debiera ser capaz de responder a las diferentes circunstancias que rodean a su amigo o a sí mismo. Lo inmediato deseable, es tener un amigo / enemigo que sea un anhelo y una flecha para la propia superación. Pero hay momentos en que un amigo así no sirve de nada, esto es, no hace bien alguno. Son los momentos en que sólo la compañía de la compasión puede salvar al que se hunde en su desesperanza.

Nietzsche mismo necesitó esa mano compasiva meses antes de su colapso mental definitivo. Entre los accesos de llanto incontrolables y las agresivas bromas pesadas que los niños del lugar hacían al filósofo al borde de la locura, la macabra súplica escrita en *Aurora*, se vio atendida. Ahí, asumiendo la locura como un signo de la genialidad de aquellos “tocados por Apolo”, el filósofo había pedido: “otorgadme la locura ...para que acabe por creer en mí mismo”. Y sí, la locura de Nietzsche fue dolorosa y violenta, y no encontró compasión alguna. En diciembre de 1888, en un concierto musical cayó en un acceso incontrolable de muecas y llanto, e inmediatamente escribió a Köselitz: “Por favor, venga...”.<sup>6</sup> Al presentir el final, Nietzsche requería un amigo cercano, no un amigo lejano en lucha de tensiones: Heinrich Köselitz (Peter Gast, como lo llamaba Nietzsche) nunca acudió. El 3 de enero de 1889, el filósofo de la no-compasión culminó su camino a la locura ante el maltrato de un animal indefenso: sintió una compasión enloquecida ante el dolor de un ser vivo.<sup>7</sup>

La experiencia de la locura, con sus horas de lucidez y de oscuridad repentinas, quizás hubiera aportado algo más al filósofo sobre el tema de la compasión. Pero él nunca regresó de ese lugar. Nietzsche, al igual que el judío rebelde, murió demasiado pronto. Si hubiera tenido tiempo y una segunda oportunidad después de la locura, quizá se hubiera retractado respecto al rechazogeneralizado de su pensamiento hacia todo tipo de compasión. Parfraseando lo que este filósofo consideraba respecto a Jesucristo, el mismo Nietzsche era también lo suficientemente noble como para retractarse en caso de haberlo considerado necesario. Para quienes pensamos de cara al mundo actual, la filosofía de Nietzsche exige ir más allá de ella en una segunda reflexión en torno al problema de la compasión. **U**

<sup>6</sup> Cfr. la carta del 25 de noviembre de 1888 y del 2 de diciembre del mismo año.

<sup>7</sup> Respecto al trato y cercanía de Nietzsche con los animales véase Chamberlain, *Nietzsche en Turín* capítulo 11.